

- Autor: Daniel Cuadrado Morales

Alanis la valquiria

Mi nombre es Alanis, pertenezco a una de las cinco tribus de las valerosas valquirias; la mía, la Tribu de los Espectros es la más poderosa sin ninguna duda. Nuestro dios es Odín y descendemos de las antiguas deidades que sirvieron a Freyja en la noche de los tiempos. Aunque pocos quedan ya que puedan recordarlo. Pocos hay que recuerden el antiguo poder de nuestro pueblo y, para mayor desgracia, apenas queda nadie que pueda empuñar un arma. Nuestras antiguas tierras son mancilladas por esos extranjeros del sur, hombres que dicen traer la civilización y el orden pero que sólo arrasan aldeas, matan a los hombres, violan a las mujeres y esclavizan niños. Los bosques han muerto, las selvas arden en los fuegos de la guerra y todo lo que yo conocía desde mi infancia ahora se consume en la oscuridad y la destrucción.

Escribo esto porque muy pronto se librará la última de las batallas de esta cruel guerra y sé que no habrá retorno posible y es mi deseo dejar testimonio de cómo era la vida en estas oscuras selvas.

Recuerdo los amaneceres; el sol se alzaba rojo en el horizonte y la bruma cubría el bosque como si de un manto blanco se tratase, hacía frío y el ambiente olía a musgo y a madera de los pinos y abetos, el aire que se respiraba era puro y limpio, llenaba con su frescor los pulmones y parecía que la vida misma de la selva fluyese por las venas porque ante todo, nosotros somos parte de la vida y no toda ella. Era hermoso ver cómo poco a poco la oscuridad iba cediendo su terreno a la luz del día y el sol calentaba nuestra piel, fría y pálida por las largas horas de tinieblas. Los veranos eran cortos y no excesivamente cálidos pues estas tierras son propiedad de los dioses oscuros y guerreros. Los inviernos en cambio son duros y terriblemente fríos. Cruelles nevadas e intensas heladas cubren los campos y las montañas se recortan a lo lejos como gigantes de niebla.

Dicen las viejas creencias que las brumas que cubren nuestra amada tierra son los espectros de los grandes guerreros que dieron su vida en los Tiempos Olvidados para conformar nuestro mundo actual y que dichos guerreros volverán del negro averno de la diosa Morrigan para luchar junto a las valquirias en la hora de necesidad. Durante las noches de luna llena podíamos ver las auras de nuestros familiares caídos atravesar el cielo estrellado buscando el paraíso del Walhalla. Una de las ancianas de mi tribu, una de las más veteranas mujeres de cualquiera de las otras tribus leyó mi



aura en una ocasión. Sucedió una de las noches que nos reunimos en torno a un fuego a honrar a nuestros dioses y velar por nuestros muertos. La anciana me cogió con fuerza de la mano y me pidió que la acompañara. Me llevó a una parte del bosque que jamás había visto, era un claro con forma redonda, la vegetación tapaba el sendero y debíamos agacharnos para no chocar con las ramas. En el círculo había cinco tocones de madera donde las más ancianas de cada una de las tribus se sentaban en torno a un gran monolito de piedra grisácea que tenía grabadas unas viejas runas cuyo significado yo desconocía. En el lugar reinaba el silencio y tan sólo había una lechuza posada en lo alto del monolito. La anciana me miró de arriba abajo y acarició con sus frías manos mi rostro; tenía un tacto áspero y rugoso, como la corteza de uno de los milenarios árboles que nos rodeaban. Luego se apartó unos pasos de mí, como si fuese presa de un terror atroz, y me anunció que los colores que distinguía en mi aura eran plateados y negros. Muy poca gente recordaba haber visto esos colores juntos en un aura pero los pocos que lo hacían no presagiaban nada bueno. Ahora comprendo que yo traje la maldición a mi pueblo.

Olvidé aquello y el tiempo pasó. Mis padres murieron y después de eso la gente me olvidó. Así lo decidieron. Yo era una paria. Una proscrita maldita que no traería nada bueno al poderoso clan de los Espectros. En mi soledad me refugié en el conocimiento de las armas llegando a manejar la espada como si fuera una prolongación de mí misma. Entrenaba en lo profundo del bosque, lejos de las miradas inquisitivas de los otros.

Ahora sé que rogaban a los dioses que un día saliera y nunca más regresara. A veces tardaba días en volver y me divertía pensar que tal vez ya no me esperaban. En una de mis incursiones al corazón de nuestra selva me topé con una cueva, ya antigua en el mundo antiguo y en su interior una tumba, repleta de muertos que aún conservaban sus cabellos y la carne ya ennegrecida y putrefacta. Al fondo de un larguísimo pasadizo hallé un sarcófago de mármol cubierto de suciedad y telarañas. La tapa estaba resquebrajada por el centro de modo que con un par de golpes certeros terminó por romperse del todo. No había ningún cuerpo en su interior y lo único que vi fue el brillo metálico de una espada. Era un arma excelente sin duda, digna de los antiguos forjadores de las leyendas de Odín. Nunca he sabido cuántos años podía contar su acero pero no mostraba ni óxido ni melladura alguna; estaba de hecho perfectamente afilada y era sumamente ligera. La empuñadura tenía una calavera de guerrero forjada en plata y la hoja mostraba unas runas idénticas a las del monolito que vi años atrás. Pude saber tiempo después que la espada perteneció a un viejo rey que vivió muchos siglos antes que yo y



que la forjó expresamente para vengar a su pueblo destruido en una guerra ya fuera de la memoria de los hombres.

De camino a mi aldea pude ver a lo lejos unas columnas de humo que se elevaban confundiendo con la ligera bruma. A medida que me acercaba el aroma fresco del bosque era sustituido por un hedor a carne quemada y a madera calcinada. El olor de la muerte. Y eso fue precisamente lo que encontré al llegar. No quedaba alma con vida en el lugar. Las humildes casas habían sido destruidas y todo ser viviente yacía asesinado. Absolutamente todos. Mujeres, niños, hombres, hasta nuestro ganado, el poco que teníamos estaba muerto. Por doquier había sangre que regaba el suelo y se mezclaba con el barro. A los pocos que osaron plantar cara al invasor los torturaron y los desmembraron, y sus brazos y piernas se amontonaban en pequeños montículos. Salí huyendo aterrorizada. Mi aldea era lo único que tenía. Me vi obligada a vagar por el mundo en soledad. Cuando mi miedo pasó comprendí que la espada había llegado a mí para vengar a mi aldea, de modo que emprendí un largo viaje para buscar a los culpables de la masacre. Visité otros muchos pueblos y aldeas y me dijeron que nuestro enemigo venía del sur; nadie sabía exactamente de dónde, sólo sabían que sus estandartes representaban águilas y nunca habían visto un ejército tan disciplinado y organizado como aquél.

Recorrí durante muchos días los bosques y selvas que sólo había escuchado en leyendas y cuentos hasta que una noche encontré el campamento de mis enemigos. Aprovechando la oscuridad y camuflándome en la niebla entré en el lugar y sin mayor pérdida de tiempo maté a tantos como se cruzaron en mi camino. Aún hoy no sabría decir cuántos murieron esa noche de sangre pero durante las horas de oscuridad no hubo otra cosa más que muerte. Aquella noche fue tal vez la única que el invasor del sur conoció el verdadero temor. La única vez que sintió un miedo atroz. Enviaron patrullas a buscarme pero ninguna de ellas regresó. Durante el día me escondía en alguna cavidad de las montañas y al tenderse la oscuridad aparecía como un espectro nocturno y sembraba muerte y sangre por doquier. No podían conmigo y pensaban que eran víctimas de alguna de las maldiciones de nuestro pueblo. Pero para esas alturas ya apenas quedaba nada de nuestra civilización. Hace tan sólo unas semanas que el enemigo abandonó el campamento en el que tantos de sus hombres murieron y terminó la obra para la que había venido. Las pocas aldeas y tribus que aún permanecían libres fueron atacadas y destruidas sistemáticamente.

Viajé buscando a otras valquirias para plantar una última resistencia, de modo que ahora nos encontramos todas en la mon-



taña más alta de nuestras tierras esperando la llegada inminente de nuestro enemigo, la llegada inminente de nuestra última batalla y la llegada de nuestra muerte. Nunca encontré mucho sentido a los que se dedicaban al aprendizaje de la escritura y la lectura de los viejos maestros, consideraba débiles a los que preferían la ciencia a la espada y nunca puse en práctica los conocimientos que adquirí de pequeña hasta ahora. No pretendo hacer ni mucho menos una crónica de esta guerra ni relatar nada acerca de la invasión no provocada que sufrimos. Lo único que espero de este escrito es que si en los tiempos futuros que están por venir alguien alcanza estas tierras sepa que aquí vivió un pueblo humilde que fue borrado del mapa de manera atroz. Rezo a mis dioses para que nos conduzcan al paraíso de los guerreros a nuestra muerte y para que aniquile a los enemigos que osen profanar nuestra amada tierra. Enterraré estos escritos en lo profundo de la montaña. Soy Alanis, una de las últimas valquirias, pertenezco a la desaparecida Tribu de los Espectros. Ésta soy yo y éste fue nuestro mundo.

Daniel Cuadrado Morales